

MUJER Y TRADUCCIÓN, METÁFORAS DE LO SECUNDARIO

M^a Carmen África Vidal Claramonte
Universidad de Salamanca

Recuerdo ahora el cuento que hablaba de una niña a la que le gustaba sobre todo bailar y de quien su perversa abuela siempre decía que nunca llegaría a ser nada en la vida porque se pasaba todo el día bailando.

La abuela temía en la niña al *otro*, igual que la Ratita presumida o la Cigarra juerguista representaban para otras ratas u hormigas hacendosas la alteridad.

La abuela temía sobre todo en la niña la posibilidad de que pudiera ser algo en la vida incluso bailando. O temía, quizás, que al fin y al cabo siempre le quedara el consuelo del clásico refrán: *que me quiten lo bailao*.

Y, sin embargo, la perversa abuela había incitado a la niña a bailar delante de las visitas, así que la pequeña no sabía qué debía ser de mayor...

Quién sabe, quizás el *otro* es el verdadero *yo* y lo ha sido siempre. Puede que el *yo* y el *otro* sean ya inseparables o tal vez el *otro* es sólo la apariencia de la alteridad. Pero hasta que no se resuelva el eterno misterio del bandolero y la Carmen, los bricolados *nosotros* seguiremos bailando.

Estrella de Diego

Desde los años sesenta, hemos asistido en Occidente a un cambio de sensibilidad que se ha inclinado por la heterogeneidad, la aldea global, las minorías, el ecologismo... aunque paradójicamente florece al mismo tiempo la xenofobia, el neo-nazismo, los fundamentalismos, etc. La gran ciudad occidental es un espacio de la diferencia, pero también de la indiferencia. Si algo nos perturba, seguimos nuestro camino. La diferencia acaba siendo un mero desfile de la variedad. El temor a trabar contacto con lo diferente, comenta Richard Sennett en *The Conscience of the Eye*, es una muestra de la falta de voluntad de vivir en el mundo. Y hay que tener en cuenta, y no olvidar, la deuda de Occidente con otras culturas, la suma de las influencias externas: la cultura moderna es, dice Edward Said, obra de exiliados; la cultura occidental es extraterritorial, asegura George Steiner.

El margen pone de manifiesto “a fundamental tension between those in power and those condemned to subordinated positions and second-class lives”.¹ Es, por tanto, la existencia del margen lo que garantiza la existencia del centro: como la relación señor-esclavo que Hegel describe en su *Fenomenología*, éste depende de aquél y, además, lo incluye simbólicamente,

as a primary erotized constituent of its own fantasy life. The result is a mobile, conflictual fusion of power, fear and desire in the construction of subjectivity: a psychological dependence upon precisely those Others which are being rigorously opposed and excluded at the social level. It is for this reason that what is *socially* peripheral is so frequently *symbolically* central... The low-Other is despised and denied at the level of political organization and social being whilst it is instrumentally constitutive of the shared imaginary repertoires of the dominant culture.²

La literatura no es más que un reflejo público de lo que sucede (en nuestro interior y en el exterior). Por eso desde hace unos años se ha puesto de moda la literatura de los márgenes, una literatura esencialmente política³ que saca a la luz autores post-coloniales, afro-americanos, indios y un largo etcétera. Los nuevos cánones literarios intentan poner en primer plano cuestiones de religión, género, raza, y reflejar así la necesidad de llegar a construir una literatura alejada de lo que Audre Lorde ha llamado la “norma mítica” (la del varón blanco occidental joven, heterosexual y bien situado económica y socialmente) en lo que Homi Bhabha denomina “una cultura de la hibridación”. Se intenta, pues, ofrecer una forma nueva de mirar el mundo, libre de todo autoritarismo, dogmatismo, prescriptivismo o jerarquía, y que aboga por la *épistémè* foucaultiana, un orden nuevo caracterizado por la ausencia de orden, el compendio de diferencias, comparaciones y oposiciones entre una enorme multiplicidad de discursos; un campo diseminado y abierto; una forma alternativa de pensar que se refleja, salvando las distancias, en modos literarios como la *grammatica jocosa* de Bakhtin, la parataxis de Barthelme o la heterotopía de Foucault.

Uno de los márgenes que se ha intentado recuperar últimamente ha sido la literatura escrita por mujeres; así, se han publicado muchas antologías que han sacado a la luz nombres olvidados durante demasiado tiempo y por razones poco (o demasiado) claras. El discurso feminista ha puesto en litigio los cánones clásicos y ha socavado el logocentrismo junto a conceptos como los de sujeto, lenguaje, representación, epistemología. En suma, como dice Alice Jardine en *Gynesis*, se ha puesto de manifiesto la crisis de los grandes relatos lyotardianos inventados por los varones. La mujer ha sido durante demasiado tiempo un sujeto secundario, una presencia estética y no un agente social.

Algunos sectores del feminismo reclaman un sujeto fuerte esencialista; otros, un sujeto “posmoderno” que no caiga en las oposiciones binarias típicas del yo androcéntrico. No es éste el lugar para comentar las ventajas y desventajas de una u otra postura,⁴ pero sí para reivindicar, una vez más, la necesidad de que se reconozca a la mujer como una presencia real, no necesariamente subversiva, ni lúdica, ni *light* (a lo Derrida o a lo Baudrillard), ni irracional, ni indecible. Sin que tengamos que recurrir a discriminaciones positivas sino como presencias iguales que los varones a la vez que diferentes.

Por su parte, la traducción ha sido también, desde sus inicios, una actividad secundaria, con apenas consideración social, necesaria pero invisible. Igual que la literatura de mujeres, sólo desde hace unas décadas se tiene en cuenta al traductor: empieza a tener unas tarifas reconocidas oficialmente, hay ya Facultades de Traducción, Planes de Estudio independientes, revistas y publicaciones internacionales dedicadas exclusivamente a la teoría y práctica de la traducción; empezamos a ver el nombre del traductor escrito en la portada de sus trabajos y en las referencias bibliográficas junto al nombre del autor traducido. Parece que las cosas están cambiando.

Aparte del reconocimiento público de la labor del traductor, hay que tener también muy presentes los cambios acaecidos en la teoría de la traducción, especialmente durante la segunda mitad del presente siglo. Ésta es precisamente una de las características que más llaman la atención de los Estudios de Traducción: que nunca han estado aislados, sino que han ido avanzando y evolucionando a la par que los cambios sociales, culturales y políticos que se han sucedido a lo largo de la segunda mitad de este siglo, que a su vez han afectado a los estudios de crítica literaria, de filosofía, de psicología o de sociología. La teoría de la traducción ha pasado, como todas estas disciplinas, cada una a su modo, del estructuralismo al post-estructuralismo, y ha ido adaptándose a todas las alteraciones que dicha metamorfosis supone. Así, mientras que hace unas décadas traducir era encontrar el equivalente absoluto de un término en otra lengua, como pretendía John Catford por ejemplo en su famoso libro de 1965 *A Linguistic Theory of Translation*, hoy, incluso para quienes hace relativamente pocos años (así muchos estudiosos alemanes) reivindicaban la existencia de una Ciencia de la Traducción, se ha dejado de lado esa visión prescriptiva de la equivalencia y se ha optado por entender la traducción como traducción de culturas, acercamiento de diferencias, pero desde el respeto al otro, reconociendo por tanto que la traducción única, verdadera, del texto origen es imposible, pues habrá tantas traducciones, lecturas, interpretaciones, de ese texto como lectores/traductores se enfrenten a él (Heidegger, Gadamer *dixit*). Cada traductor aportará al texto, inevitablemente, su ideología, su entorno cultural, y la traducción será, casi sin querer, un proceso de manipulación (Lefevere, Bassnett, Hermans), en el cual la elección de una palabra, de un orden de los elementos, las distintas focalizaciones, delatarán al traductor, que asciende ahora a la categoría de co-creador, re-escritor (Lefevere) y se torna visible (Venuti). La traducción deja de tener una definición única y estable; lo que es traducción depende del momento y del lugar: traducción es, según la conocida y revolucionaria definición de Toury, lo que una determinada cultura considera traducción.⁵

Así, igual que la literatura ha eliminado las tradicionales oposiciones binarias entre buena y mala literatura, las interpretaciones únicas y prescriptivas de los textos, la autoridad del autor y del crítico literario, las últimas teorías de la traducción también desean acabar con la equivalencia absoluta y con oposiciones del tipo bueno/malo, primario/secundario, arte/ciencia, etc. Traducir es un acto cambiante, descriptivo y no prescriptivo, ligado íntimamente a los cambios ideológicos, culturales, políticos, y de cualquier orden que gobiernan la producción y recepción de los textos.

Pero, desde siempre, se ha equiparado la traducción con la mujer por ser ambas doblemente inferiores: la fuerza y autoridad del original es “superior” a la mujer, débil derivación del anterior. “I am already a translation by being *bilingue*, I am already a translation by being lesbian feminist, I am already a translation by being a woman”, comentan Susanne de Lotbinière-Harwood y Nicole Brossard:

Ever following the words of another, her work often acknowledged as an afterthought, the translator seems to be always a step behind, a shadow or perhaps a reflection —faithful only when she is clever enough to turn an inevitable infidelity to her advantage. At times I am even convinced that the very verb of her activity announces (determines?) her position of perpetual tardiness and compromise, makes her something of a Janus whose work progresses just to the extent that she captures an experience already lived and repeated. Not only does she look forward by looking back, she looks back in advance, aware that a certain nostalgia will accompany the rush of satisfaction occasioned by even the greatest of her successes, since to wrest one translation from the many possible (even correct) ones is to turn others into resonances, echoes. On the other hand —and hence the allure of her flip, ever flipping side—, so much delay also implies that although she may never be on time, immersed *in* time she can only be fully present: as she runs to bring up the rear, she thinks avidly and articulately of the future, of a restatement soon to be verbalized.⁶

Las traducciones han sido tradicionalmente asociadas con lo secundario, lo marginal, el error, lo invisible; frente al original como recipiente de las verdaderas intenciones del autor, como lo auténtico, lo legítimo, lo primario, la traducción ha sido durante mucho tiempo una forma de falsificación, una derivación:

In the essentialist opposition which tradition has built between reading and writing, and between originality and reproduction, translation has not been merely associated with secondariness and failure. In its long history of marginality and invisibility, particularly in a culture that often equates authorship with property and writing with the conscious interference of a producer, the translator's activity has been related to evil and blasphemy, to indecency and transgression. In its obvious pretension —even when understated— to take the place of another and to represent someone else's voice in a foreign language and culture, in a different time and space, any translation is bound to raise questions not only of property but, first and foremost, of propriety.⁷

Las traducciones son —o han sido hasta hace relativamente poco— “les belles infidèles” (como las mujeres, debían ser o bellas o fieles), una metáfora que se une a otras muchas —que tienen que ver sobre todo con los conceptos de propiedad (del autor respecto al texto y del varón respecto a la mujer) y vestimenta (el autor extranjero con un vestido nuevo)— utilizadas desde siempre al hacer referencia a la traducción, una relación que en muchas ocasiones (véase Steiner, por ejemplo⁸) se transmite con un lenguaje cargado de metáforas sexuales: la pasividad de la traducción (entendida tradicionalmente como un simple modo de transmisión equivalente) contrasta con la actividad que supone crear un texto original.

Por eso uno de los objetivos de la teoría feminista de la traducción, nacida en los años ochenta y especialmente activa en Canadá, es acabar con un lenguaje sexista y con la larga lista de conceptos que relegan a la mujer y a la traducción tanto en el ámbito social como literario. Para ello se investigan los procesos mediante los cuales la traducción se ha convertido en “femenina” y se intenta acabar con las estrategias que han mantenido dicha relación. En sintonía con la evolución a lo largo de los años ochenta de los Estudios de Traducción, las teorías feministas de la traducción desconfían de las jerarquías y de las oposiciones binarias, de las definiciones tradicionales

de la fidelidad y del significado. Les interesa sobremanera analizar cómo se ha definido y canonizado lo secundario y, en consecuencia, cómo se ha entendido y representado la diferencia en el lenguaje:

The most compelling questions for both fields [translation studies and feminism] remain: how are social, sexual and historical differences expressed in language and how can these differences be transferred across languages? What kinds of fidelities are expected of women and translators —in relation to the more powerful terms of their respective hierarchies?... Translators communicate, re-write, manipulate a text in order to make it available to a second language public. Thus they can use language as cultural intervention, as part of an effort to alter expressions of domination, whether at the level of concepts, of syntax or of terminology.⁹

Las nuevas perspectivas sobre la traducción y sobre la mujer han surgido, pues, como respuesta de dos márgenes, de dos categorías entendidas hasta ahora como secundarias que se han rebelado contra el discurso hegemónico para reclamar una presencia en el espacio público. Y todo ello gracias a (y mediante el reconocimiento de) la diversidad cultural, o, mejor, de la diferencia cultural, que es como Homi Bhabha prefiere llamarla.¹⁰ Las teorías feministas sobre la traducción surgen en un contexto de interés por las cuestiones de identidad y su relación con el lenguaje, interés por las diferencias culturales y por la igualdad y solidaridad entre los seres humanos. Se trata de un momento adecuado, en tanto, a partir de Barthes y Foucault, muere el Sujeto, con la posmodernidad se acaba con las jerarquías y las oposiciones binarias, surge una nueva concepción del canon y se recupera lo marginal.

En efecto, podría decirse que lo que en realidad ha posibilitado esta nueva forma de ver las cosas han sido las teorías posmodernas y post-estructuralistas del lenguaje. De hecho, así lo reconocen muchos de los traductólogos contemporáneos. Las nuevas directrices de la filosofía, la crítica, la sociología, etc., tienden a poner de manifiesto, como ya se dijo más arriba, la importancia del margen y a rechazar toda noción de sujeto fuerte, autoritario, hegemónico; toda Razón con mayúsculas; todo signo de oposición binaria. Recordamos en este sentido las ideas revolucionarias de Roland Barthes en su influyente artículo de 1968 titulado “La muerte del autor”, donde asegura que el autor nace a la vez que su texto, no lo precede ni lo excede, “no es en absoluto el sujeto cuyo predicado sería el libro”. “La escritura es la destrucción de toda voz, de todo origen. La escritura es ese lugar neutro, compuesto, oblicuo, al que va a parar nuestro sujeto, el blanco-y-negro en donde acaba por perderse toda identidad, comenzando por la propia identidad del cuerpo que escribe”.¹¹ Al eliminar al Autor como la fuente de interpretación única y verdadera, Barthes plantea una visión abierta y plural del significado. Así, en su libro *Incidentes*, por ejemplo, invita al lector (al igual que en el resto de sus últimas obras) a perderse, a recorrer sus líneas con la sensación de ir a la deriva; y en *Crítica y verdad* comenta que, aunque cada época crea detentar el sentido canónico de una determinada obra, basta ampliar un poco la historia “para transformar ese sentido singular en un sentido plural y la obra cerrada en obra abierta”. La variedad de los sentidos

designa, no una inclinación de la sociedad al error, sino una disposición de la obra a la apertura; la obra detenta al mismo tiempo muchos sentidos, por es-

tructura, no por la invalidez de aquellos que la leen... una obra es “eterna”, no porque imponga un sentido único a hombres diferentes, sino porque sugiere sentidos diferentes a un hombre único, que habla siempre la misma lengua simbólica a través de tiempos múltiples: la obra propone, el hombre dispone.¹²

Todas estas ideas relativas a la muerte del Autor, la multiplicidad, la pluralidad, la apertura, el relativismo del sentido, el anti-normativismo, etc., junto con otras de otros autores, fueron creando un ambiente, el germen revolucionario del post-estructuralismo, que obligó a la traductología a revisar conceptos tales como texto origen, las relaciones entre autor, lector y traductor, la visión del traductor como alguien invisible y secundario, la posibilidad de una visión prescriptivista y científica de la traducción, y tantas otras ideas imperantes sobre todo en los años sesenta. En este contexto, las mujeres se dieron cuenta de lo importante que podía resultar acabar con un Sujeto fuerte, androcéntrico, central “universal”. Y, como la crítica literaria feminista, las teorías feministas de la traducción muestran su preocupación por saber quién traduce, quién habla, a quién se traduce, a quién se permite hablar, para quién se hacen las traducciones, quién las paga, quién es el mecenas, quién hay detrás de la política educativa, etc.¹³

Además de las críticas relativas al Sujeto, Barthes también hace cuatro ataques principales contra la crítica, que serán muy útiles a la teoría traductológica en general y a la teoría feminista de la traducción en particular: primero, que es predominantemente ahistórica, es decir, que considera que los valores formales y morales de los textos son constantes; segundo, que es determinista; tercero, que los críticos nunca declaran su ideología, se quieren mostrar “invisibles”, diría Venuti; y, en cuarto lugar, sólo ven un significado en el texto. Son críticas que recuerdan las que posteriormente estudiosos como Lefevere, Bassnett, Venuti, Niranjana y tantos otros harán contra las visiones anteriores de la traducción.

Este ambiente de cambio que estamos describiendo hizo que se alterase igualmente una de las nociones más importantes de la traductología, por no decir la más importante: a saber, la noción de equivalencia, que tantos quebraderos de cabeza ha dado y sigue dando. El cambio radical en la definición de equivalencia afectará, como veremos, muy profundamente a las teorías feministas de la traducción. Esta metamorfosis se aprecia con claridad en “The Measure of Translation Effects”, un artículo de Philip Lewis (cuya influencia es reconocida por algunas de las traductoras feministas más importantes del momento, así Lori Chamberlain, Suzanne Jill Levine o Louise von Flotow), aparecido en *el* libro sobre post-estructuralismo y traducción;¹⁴ o en otro de Lawrence Venuti, “The Translator’s Invisibility” (que daría pie posteriormente al libro del mismo título), por citar tan sólo dos de los ejemplos más representativos. Venuti insiste en que el traductor ni puede ni debe ser invisible: su ideología, sus creencias, aparecerán inevitablemente en el texto, y además el significado de éste cambiará según los contextos (Venuti alude a la noción derrideana de “iterabilidad”). Según él, “the translator’s effort to signify the original by substituting a substantially different signifying chain entails the creation of an entirely new context which (re)constitutes and constraints, and thereby can change, the meaning and excess of target language meaning...”¹⁵ Venuti está en contra del Sujeto trascendental de la metafísica de la presencia que, además de Barthes, muchos pensadores del postestructuralismo y la posmodernidad (así Lyotard, Vattimo, Rorty, Derrida y otros) desean erradicar. Venuti propone una estrategia de “resis-

tencia” que ponga de manifiesto que la traducción es traducción, que ponga de relieve su visibilidad. En opinión de Venuti, y alejándose así de Gadamer o Derrida, el traductor no es un nuevo creador del texto, otro autor (lo que acaso lo podría convertir en un nuevo sujeto “fuerte”, utilizando la terminología de Vattimo), sino que, como el autor, se encuentra constreñido por limitaciones sociales, culturales, sociales, etc., por lo que ambos están descentrados, no son autores de nada, sino como dice parafraseando a Barthes, creadores de textos de textos, espacios heterogéneos y multidimensionales, tejidos de citas procedentes de innumerables centros de la cultura.

El resultado de esta nueva forma de entender el concepto de equivalencia se ve en, por ejemplo, sus traducciones de la poesía de Milo De Angelis. En su libro de 1995, *The Translator's Invisibility*, comenta que su versión “deviates from the Italian text in decisive ways that force a radical rethinking of fidelity in translation”.¹⁶ La estrategia de Venuti “resists the transparent aesthetic of Anglo-American culture which would try to domesticate De Angelis’s difficult writing by demanding a fluent strategy” y, al mismo tiempo, “creates a resistance in relation to De Angelis’s text, qualifying its meaning with additions and abstractions which constitute a ‘critical thrust’ toward it” (291). Así, se unen implícitamente los conceptos de equivalencia absoluta y transparencia o fluidez de la traducción con los de etnocentrismo, dominación, colonialismo, jerarquía, etc. y se reconoce que la idea de invisibilidad está ligada a la de exclusión y domesticación de lo Otro.¹⁷ Precisamente, el objetivo de su libro es obligar a traductores y lectores a reflexionar sobre la violencia de la traducción y a que se traduzca y se lea de forma que se reconozca la diferencia lingüística y cultural de los textos extranjeros. La traducción es un *topos* de la diferencia, y no de la homogeneidad, entendiéndose así la primera como una idea positiva y no negativa, algo que será muy útil para las teorías feministas de la traducción.

Muerto el Autor, a manos de Barthes y el post-estructuralismo en general, el traductor se torna visible y también su ideología: como dirá Lotbinière-Harwood, el yo que traduce no es neutral, nunca lo ha sido, es en cambio un cuerpo sexuado; la traducción se convierte en una actividad necesariamente manipuladora, el traductor es un lector-intérprete que se parece bastante al autor que propone Foucault en su conocido artículo;¹⁸ la equivalencia es ahora otra cosa; la fidelidad, también.¹⁹ Se desea que la traducción sea un lugar donde el otro se manifieste y se evite su domesticación (Venuti), un *topos* para la apertura, el diálogo, el mestizaje y el descentramiento (Berman). Y, como ya se dijo, todo ello obliga a la revisión de las viejas relaciones entre original y traducción, autor y traductor, traductor y lector, relaciones “which are no longer adequately described in terms of the traditional notions of meaning recovery, fidelity or equivalence”.²⁰

Queda claro, pues, cómo el concepto de Sujeto es clave tanto para la filosofía, la metafísica, el feminismo o la traducción. Es una de las categorías que, junto con otras como las de Historia, Progreso o Coherencia, quedaron bien sentadas en la modernidad y se tambalearon con la posmodernidad. En este sentido, todas y cada una de las metamorfosis que se han dado gracias al postestructuralismo y al posmodernismo (la nueva concepción de la identidad, del Sujeto, de la equivalencia, del lenguaje, del significado, etc.) son las que han servido de punto de partida a las teorías feministas de la traducción, en tanto no han dudado en responder afirmativamente a la pregunta de si el feminismo puede o no asumir la crisis del sujeto que propone la posmoderni-

dad —y en este sentido se alinean con feministas como Judith Butler y se alejan de otras como Benhabib, Braidotti, De Lauretis, Fraser o Hekman, que aun mostrándose algunas de ellas decididas a aceptar una teoría feminista postmoderna, sienten cierto temor en algunos aspectos porque consideran que todavía no hay una genealogía lo bastante consolidada del sujeto femenino.

El ambiente intelectual no podía ser, por tanto, más adecuado, y las mujeres traductoras y teóricas de la traducción supieron, a finales de los setenta y durante los ochenta, aprovechar la ocasión, aunque su reacción haya sido en ocasiones radical. Igual que para el feminismo en general, para muchas traductoras contemporáneas, cansadas de ser consideradas segundas, traducir es una actividad política donde se refleja su ideología: “I consider translation a political activity. I’m a feminist, and through my work on language I’m putting my politics into practice via translation. The subject, or ‘I’, translating is not neutral, has never been neutral, contrary to popular belief”. Debemos “resexualizar” el lenguaje. Siguiendo a Henri van Hoof, Susanne de Lotbinière-Harwood comenta también que la traducción debe servir para descubrir una cultura, para defender ideas políticas, para luchar contra la opresión:

As a feminist translator, my choices —of words, of works to take on— are informed by the emerging women’s culture, which means that our references can now be found within the sphere of work done by women. We have a feminist dictionary, an encyclopedia, theoretical works, fiction, criticism, translations, prefaces to translations —all of these are beginning to constitute a women’s culture. We don’t have to go out into patriarchal space to have our work validated or to seek the authority it confers to the work. Conversely, I feel that the feminist translation strategies I’m developing contribute to this emerging women’s culture.²¹

Se parte, pues, de una teoría del sujeto configuradora de una teoría del discurso que posibilita la autonomía gnoseológica y crítica del sujeto, los elementos para analizar la formación cultural, histórica y social de la identidad de género, la construcción de un genérico y la operatividad y el reconocimiento de la mujer como agente social y político de cambio.²²

El traductor, en este caso la traductora, ya no es un ser invisible sometido a la autoridad del autor que debe buscar la equivalencia absoluta o la única interpretación verdadera del texto, puesto que esto nos haría olvidar las diferencias existentes entre origen y término, entre las dos culturas que se están traduciendo. Para decirlo con Derrida, con cada iteración, con cada cambio de contexto, cambia el significado. Por eso, “the translator’s effort to signify the original by substituting a substantially different signifying chain entails the creation of an entirely new context which (re)constitutes and constraints, and thereby can change, the meaning of the original. Hence any translation may involve the loss of source-language meaning and excess of target-language meaning...”²³

El de la traducción es un proceso de transformación, como le gusta llamarlo a Barbara Godard, de construcción de significados. Y al entender la traducción como transformación, definiendo ésta como construcción del significado, se aproximan traducción y creación literaria. La traducción no es re-producción sino producción activa. Frente a la vieja noción de equivalencia, se ensalza la diferencia como un concepto positivo:

Though traditionally a negative term in translation, “difference” becomes a positive one in feminist translation. Like parody, feminist translation is difference despite similarity... The feminist translator affirming her critical difference, her delight in interminable re-reading and re-writing, flaunts the signs of her manipulation of the text. *Womanhandling* the text in translation means replacing the modest, self-effacing translator. The translator becomes an active participant in the creation of meaning.²⁴

La traductora altera descarada y conscientemente el significado de aquellas frases que no le gustan del texto original: Suzanne Jill Levine así lo hace en su traducción al inglés de *La habana para un infante difunto* de Guillermo Cabrera Infante. En un interesante, a la vez que discutible, artículo,²⁵ Levine justifica su traducción, y hasta asegura ser una *traduttrice traditora* fielmente infiel: traiciona deliberadamente el original al transformar frases cuya traducción equivalente sería “no one man can rape a woman” en “no wee man can rape a woman” o “fin de siglo”, que no se traduce por “turn of the century” sino por “gay nineties”, etc. Otro ejemplo podría ser la traducción que Lotbinière-Harwood hace de *Lettres d’une autre*, de Lise Gauvin: transforma “la victoire de l’homme” en “our victory”, pone siempre en primer lugar el elemento femenino en expresiones del tipo “women and men”, “her or his”, manipula la tipografía de manera que “de l’un à l’une de l’autre à l’autre” se convierte en “from one to one from the other to the other”, “auteure” en “auther”, “Lettres d’une autre” en “Letters from An Other” y entre comillas aquello con lo que no está de acuerdo, por ejemplo la referencia a las mujeres como “‘masters’ of the kitchen”. Es interesante destacar que esta traducción ganó en 1991 el premio de traducción de literatura francesa-canadiense de la Universidad de Columbia, lo cual da una idea de cómo han cambiado las cosas.

En efecto, durante los últimos años ha habido cambios espectaculares en la concepción del lenguaje. Las ideas post-estructuralistas, la hermenéutica, la desconstrucción, han permitido dar un paso hacia la apertura de las interpretaciones, hacia la disolución de las jerarquías y de las oposiciones binarias. No obstante, hay que tener cuidado con lo que Umberto Eco ha llamado “sobreinterpretación”. No se puede partir de las teorías traductológicas derrideanas mal interpretadas para decir que éstas conceden “the right and even the duty to ‘abuse’ the source text”.²⁶ Así, en un excelente artículo, Rosemary Arrojo advierte que estas actitudes tan radicales pueden acabar cayendo en los mismos errores patriarcales que tanto hemos criticado las mujeres. Arrojo critica un conocido artículo de Lori Chamberlain²⁷ porque en él se acaba justificando la manipulación de un texto durante el proceso de la traducción como actividad subversiva y política si quien traduce es una mujer, mientras que en caso del traductor se considera su actuación como violenta y como una lucha por el poder:

...on what grounds can one justify that “womanhandling” texts is objectively positive while “manhandling” them is to be despised?... Why isn’t the feminist translator’s appropriation of the “original” also a symptom of “the need to retain the ownership” of meaning?²⁸

En el caso de una traductora como Levine, la traducción se justifica algo más porque el autor parece complacido con el resultado: ha tenido largas charlas con la traductora y está de acuerdo, comenta la propia Levine, con el texto traducido. Pero

cabe preguntarse, como hace Sherry Simon, qué ocurriría si ése no fuera el caso, si la traductora deliberadamente atacase la intención y significado del texto original. ¿No supondría eso volver al sujeto “fuerte” (en el sentido de Vattimo) falogocéntrico que tanto ha costado desbancar?:

Feminist translation implies extending and developing the intention of the original text, not deforming it. That is why the most successful examples of such practices are to be found in an appropriate match between text and translating project... There must indeed be a reevaluation of the dialectic between translator and text. How is this movement between reading and re-writing, reception and appropriation, to be reconfigured in such a way as to avoid re-imposing the violence of subjectivity? Can there be a version of the female subject which does not re-introduce new but still vigorous dichotomies?²⁹

El caso de la traducción feminista es, pues, el caso de una doble marginalidad, por eso el peligro es también doble. No podemos, ni como mujeres ni como traductoras, permitirnos ciertos lujos posmodernos como la disolución del sujeto, la ambigüedad, el todo vale, pero tampoco podemos caer en la tentación de convertirnos en centros de poder. Los textos son, evidentemente, *topos* post-estructuralistas abiertos a la interpretación, pero no lugares para la sobreinterpretación. Al traducir al otro no podemos imponer nuestra subjetividad. Se tiene que evitar lo que Spivak llama traducción absoluta intercultural.³⁰

En cualquier caso, es cierto que las cosas han cambiado; que la mujer y la traducción empiezan a no ser consideradas categorías secundarias; y que las teorías feministas de la traducción pueden contribuir mucho a su recuperación. Las metáforas de la mujer y la traducción como re-productoras; lo original como verdadero, masculino, fiel, y la copia como lo artificial, lo infiel, lo falso, eran reflejos de una concepción del poder que rezumaba complicidad. La mujer era la encargada de transmitir la lengua madre, pero era en realidad el lenguaje patriarcal lo que se suponía debía enseñar. La traducción era una forma de colonización y un síntoma de la organización interna de la sociedad occidental:

The metaphors of translation ...is a symptom of larger issues of western culture: of the power relations as they divide in terms of gender; of a persistent (though not always hegemonic) desire to equate language or language use with morality; of a quest for originality or unity, and a consequent intolerance of duplicity, of what cannot be decided. The fundamental question is, why have the two realms of translation and gender been metaphorically linked?³¹

La discriminación que sufre la mujer es a finales del siglo XX muy sutil,³² y precisamente por eso más peligrosa. La traducción feminista puede ayudarnos a formular esa pregunta tan importante que se plantea Spivak: no “¿Quién debería hablar?” sino “¿Quién escuchará?”, lo cual exige que al otro se le escuche con seriedad, y no con la sonrisa benevolente del imperialismo.³³ La pregunta de Linda Alcoff³⁴ respecto a cómo fundamentar un feminismo político que al mismo tiempo desconstruye el sujeto-mujer adquiere aquí su máxima significación, a la vez que, en mi opinión, queda sin contestar de modo concluyente. Y tal vez sea mejor así. El camino está

abierto a futuras investigaciones. Las teorías deben ayudarnos a reflexionar sobre cómo mejorar la práctica. Queda mucho por hacer. Esto es sólo el principio.

Notas

1. Dick Hebdige, *Subculture: The Meaning of Style* (New York: Routledge, 1989) 132.
2. Peter Stallybrass y Allon White, *The Politics & Poetics of Transgression* (Ithaca: Cornell UP, 1986) 5-6.
3. Ésta es una característica clave de las literaturas de minorías, según el importante ensayo de Deleuze y Guattari sobre esta cuestión: *Kafka: Toward a Minor Literature* (Minneapolis: U of Minnesota P, 1986).
4. Véase, por ejemplo, la polémica entre Judith Butler, Seyla Benhabib y Nancy Fraser en *Praxis International*, II, 1991; también Craig Owens, "The Discourse of Others: Feminism and Postmodernism", en Hal Foster (ed.), *Postmodern Culture* (London: Pluto, 1983); Linda Nicholson, *Feminism/Postmodernism* (London: Routledge, 1990); Susan Hekman, *Gender and Knowledge: Elements of a Postmodern Feminism* (Cambridge: Polity Press, 1990); Alice Jardine y Paul Smith, eds., *Men in Feminism* (London: Routledge, 1987); Rosi Braidotti, *Patterns of Dissonance* (Cambridge: Polity Press, 1991); I. Diamond y L. Quinby, eds., *Feminism and Foucault* (Northeastern UP, 1988); y Teresa Gómez y M^a Carmen África Vidal, eds., *Abanicos ex-céntricos: Ensayos sobre la mujer en la literatura posmoderna* (Alicante-Salamanca: U de Alicante/Anglo-American Studies, 1995).
5. Cf. Martin Heidegger, *De camino al habla* (Barcelona: Odós, 1987). Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método* I y II. Susan Bassnett, *Translation Studies* (London: Routledge, 1991 [1980]). André Lefevere, *Translation, Re-Writing and the Manipulation of Literary Fame* (London: Routledge, 1992); versión castellana de Román Álvarez y M^a Carmen África Vidal, *Traducción, reescritura y la manipulación del canon literario* (Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1996). Theo Hermans, *The Manipulation of Literature* (1985). Lawrence Venuti, *The Translator's Invisibility* (London: Routledge, 1995). Gideon Toury, *In Search of a Theory of Translation* (Tel Aviv: Porter Institute for Poetics and Semiotics, 1980) y *Descriptive Translation Studies and Beyond* (1993).
6. Carol Maier, "Notes after Words: Looking Forward Retrospectively at Translation and (Hispanic and Luso-Brazilian) Feminist Criticism", *Cultural and Historical Grounding for Hispanic and Luso-Brazilian Feminist Literary Criticism*, ed. H. Vidal (Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1989) 625.
7. Rosemary Arrojo, "The 'death' of the author and the limits of the translator's visibility", en Mary Snell-Hornby, Zuzana Jettmarová y Klaus Kaindl, eds., *Translation as Intercultural Communication. Selected Papers from the EST Congress-Prague 1995* (Amsterdam: John Benjamins, 1997) 21.
8. Cf. *After Babel* (London: Oxford UP, 1975).
9. Sherry Simon, *Gender in Translation* (London: Routledge, 1996) 8-9.
10. Cf. Homi Bhabha, "The Third Space," J. Rutherford, ed., *Identity, Community, Culture, Difference* (London: Lawrence & Wishart, 1990).
11. Roland Barthes, "La muerte del autor," *El susurro del lenguaje*, trad. C. Fernández Medrano. (Barcelona: Paidós, 1987) 65.
12. Roland Barthes, *Crítica y verdad*, trad. José Bianco (Madrid: Siglo XXI, 1981 [1966]) 52 y 53.
13. Durante mucho tiempo, desde la Edad Media, la mujer se dedicó a la traducción porque no se le permitía acceder a la categoría de autora. Así, Sherry Simon comenta que en el Renacimiento inglés las mujeres sólo podían acceder al mundo de las letras a través de la traducción de textos religiosos, e incluso siglos después a George Eliot, por ejemplo, se la

- conoció antes como la “translatress of Strauss” que como novelista. Véase también Margaret P. Hannay, ed., *Silent But for the Word: Tudor Women as Patrons, Translators, and Writers of Religious Works* (Kent, Ohio: Kent State UP, 1985).
14. Cf. Joseph Graham, ed., *Difference in Translation* (Ithaca: Cornell UP, 1985).
 15. Lawrence Venuti, “The Translator’s Invisibility,” *Criticism*, 28.2 (Spring 1986): 183.
 16. Lawrence Venuti, *The Translator’s Invisibility* (London: Routledge, 1995) 291.
 17. De hecho, Venuti comienza el libro diciendo que su propósito es analizar la traducción desde el siglo XVII hasta hoy en día y demostrar “how fluency prevailed over other translation strategies to shape the canon of foreign literatures in English”, y que el libro también “interrogates the ethnocentric and imperialist cultural consequences of the domestic values that were simultaneously inscribed and masked in foreign texts during this period” (n.p.).
 18. Rosemary Arrojo, en el interesantísimo artículo titulado “Fidelity and the Gendered Translation,” *Traduction, Terminologie, Rédaction*, 7. 2 (1994), se inclina por la visión del autor de Foucault y Derrida frente a la de Barthes y, posteriormente, Lewis y Venuti.
 19. Véase el original artículo de Barbara Johnson sobre la fidelidad en el mencionado *Difference in Translation*.
 20. Rosemary Arrojo, 30.
 21. Susanne de Lotbinière-Harwood, “Re-Writing in the Feminine,” David Homel y Sherry Simon, eds., *Mapping Literature: The Art and Politics of Translation* (Montréal: Véhicule Press, 1988) 44.
 22. Rosa María Rodríguez Magda, “El sujeto femenino: un debate abierto,” *La mujer ante el Tercer Milenio: arte, literatura, transformaciones sociales*, eds. Román Álvarez y Wendy Stokes (Salamanca-Valencia: Plaza Universitaria/The British Council/Fundación Valencia III Milenio-UNESCO, 1997) 19.
 23. Venuti, 183.
 24. Barbara Godard, “Theorizing Feminist Discourse/Translation,” David Homel y Sherry Simon, eds., *op. cit.*, 51. Véase también su artículo publicado en el libro coeditado por Susan Bassnett y André Lefevere, *Translation, History and Culture* (London: Pinter Publishers, 1990).
 25. Suzanne Jill Levine, “Translation as (Sub)Version: On Translating Infante’s *Inferno*,” *Substance* 42 (1983).
 26. Cf. Luise von Flotow, “Feminist Translation: Contexts, Practices and Theories,” *Traduction, Terminologie, Rédaction*, 4.2 (1991).
 27. Cf. Lori Chamberlain, “Gender and the Metaphorics of Translation,” Lawrence Venuti, ed., *Rethinking Translation: Discourse, Subjectivity, Ideology* (London: Routledge, 1992).
 28. Rosemary Arrojo, “Fidelity and the Gendered Translation”, 157. Hay que tener presente también que por ejemplo Barbara Godard y Suzanne Jill Levine eligen casi siempre para traducir textos experimentales, innovadores, plurales, abiertos, que encajan bien con su ideología. Es, por tanto, una elección, con toda la carga ideológica que eso implica. Cabe, cuando menos, preguntarse qué hacer con otro tipo diferente de obras que no encaje, abierta o subrepticamente, con esa forma de ver las cosas.
 29. Sherry Simon, 16 y 28-29.
 30. Gayatri Chakravorty Spivak, “Acting Bits/Identity Talk,” *Critical Inquiry* 18 (Summer 1992): especialmente 781-794.
 31. Lori Chamberlain, 66.
 32. Sutil en algunos ámbitos, claro, y no en otros muchos: “Como señala la eurodiputada Antoinette Fouque, en referencia a los datos expuestos en la Cumbre Social de Copenhague, el 70% de los más pobres en el mundo son mujeres. En Europa la proporción es la misma. La pobreza se feminiza; incorporadas masivamente en el mundo del trabajo, las mujeres ocupan sobre todo empleos precarios o a un tiempo parcial y representan el 55% de los parados de larga duración y un 90% de los cabezas de familia monoparentales. Las mujeres son, pues, las excluidas entre los excluidos. Un largo camino que requiere de acciones

- políticas, globales y consensuadas” (Rosa María Rodríguez Magda, “Introducción. El umbral de un nuevo milenio,” *La mujer ante el Tercer Milenio*, 14.
33. Gayatri Chakravorty Spivak, “Questions of Multi-culturalism,” *The Post-Colonial Critic: Interviews, Strategies, Dialogues* (New York: Routledge, 1990) 59-60.
 34. Cf. Linda Alcoff, “Cultural Feminism versus Post-Structuralism: The Identity Crisis in Feminist Theory,” *Signs*, 13.3 (1988).